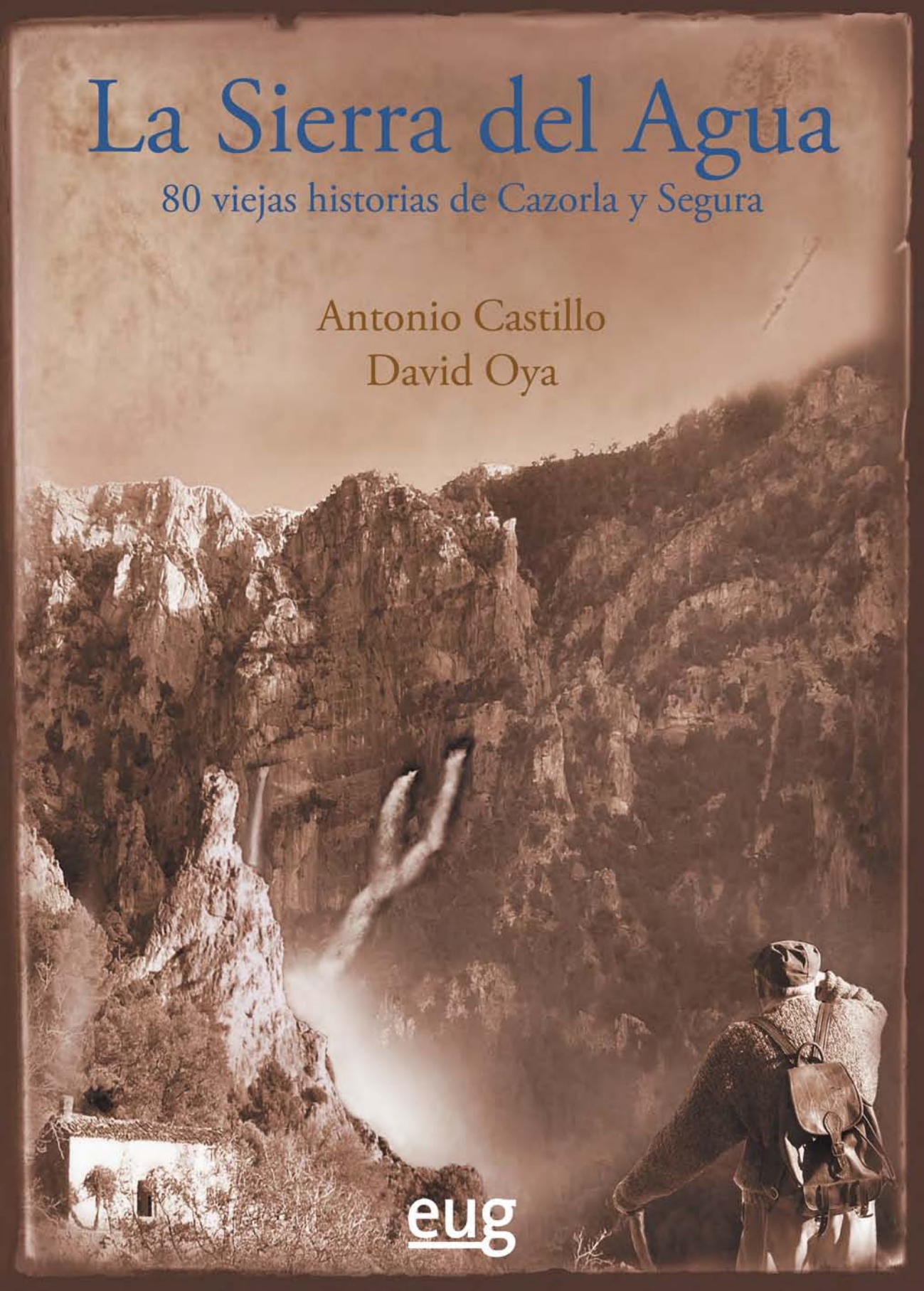


La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"El Maestrillo del barranco de Túnez, la historia de un anacoreta junto a una fuente"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 332-335



75. El «Maestrillo» del barranco de Túnez, la historia de un anacoreta junto a una fuente

Por Antonio Castillo

IDEAL
11/30 REVISTA

DOMINGO, 25 DE MARZO DE 1990



Eduardo Iglesias, en la puerta de su cabaña, construida a tres horas de la más cercana civilización. En la foto superior, a lomos de su mulo, de regreso a su soledad tras la compra mensual en el pueblo.

JAVIER DIEZ FORCADA

■ Eduardo Iglesias, maestro de pobres, vive retirado por los tiempos modernos en una cabaña de la Sierra de Castil

■ Sin radio y TV, vive sólo

La envidia de los ricos

El «Maestrillo de Túnez», uno de los últimos anacoretas de la Sierra, que vivió en una choza del Alto Castil (fotos Javier Diez en el periódico *Ideal* de Granada, 25 de marzo de 1990)

*Los pedantes dicen ¡que loquito soy!
porque en la montaña de continuo estoy.
¿No saben los laicos y gente ruin
que estoy a gusto y llevo buen fin?
Me voy al trabajo y cumplo con Dios.
Cuando me canso y me siento con sed,
me voy a la fuente y empiezo a beber,
me doy media vuelta y bebo otra vez,
me lío un cigarro y bebo sin sed...*

EL «MAESTRILLO DE TÚNEZ»

¿QUIÉN LE IBA a decir a aquella recóndita y olvidada fuente del Barranco de Túnez, rodeada de un anfiteatro de farallones calizos inexpugnables, que a sus orillas vendría a beber todos los días, durante años, un compañero del alma, conocido, por el nombre del lugar, como el «Maestrillo de Túnez?»»

La presente historia es una de tantas y tantas que han pasado, más o menos desapercibidas en estas sierras, hasta que fue recogida el 25 de marzo de 1990 por el periódico *Ideal* de Granada. Un testimonio de vida de retiro de un hombre junto a una fuente (no podía ser de otra manera), un huerto y una choza. En las inmensas soledades y vericuetos de estas sierras tuvieron cobijo especies salvajes en peligro de extinción, como el águila real, al águila imperial, el quebrantahuesos, el lobo o el lince (estos últimos ya extinguidos). Pero también hubo otro animal exclusivo, el *Homo sapiens anacoretus*. Durante muchos años fue una especie rara, hoy prácticamente extinguida. Solteros, frailes, locos, huidos, desengañados, introvertidos, y también personas normales, fueron gentes que vivieron de forma autosuficiente en la más absoluta soledad y aislamiento en chozas, cuevas y abrigos hasta bien mediado el siglo pasado.

Sin embargo, la historia del «Maestrillo de Túnez» es relativamente singular. Fue un hombre culto, eligió un lugar excepcionalmente agreste y alejado, y sobre todo, vivió su retiro fuera de época, entre los años 70 y 90 del siglo pasado. Por esas circunstancias la historia me impresionó, como imagino que a muchos otros (incluso se llegó a escribir un librito sobre este anacoreta). Parecía una historia arcana, sacada de otros tiempos y lugares lejanos. Aquellos ermitaños, anacoretas y comunidades religiosas buscaron en las montañas la contemplación, el estudio, la penitencia o el encuentro con Dios. Y así nos lo recuerdan los numerosos templos, *desiertos* y retiros de todas las altas montañas del planeta, entre las que ocupan lugar destacado las del Tibet en los inmensos *Himalayas*.

Pero regresemos a nuestra historia del Tibet granadino. El personaje se llamó Enrique Iglesias y nació en Vélez Blanco (Almería) en 1904. Tuvo una azarosa vida marcada por la guerra y la cárcel (que se llevaron por delante seis años de su vida), la emigración y el hambre. Maestro sin

título, se ganaba la vida enseñando las letras y las cuatro cuentas por las numerosas cortijadas que entonces había por los alrededores de Castril. Con la progresiva e imparable emigración de los serranos y la generalización de la escolarización en la segunda mitad del siglo XX se fue acabando su modo de subsistencia. Eso, y varios desengaños amorosos, lo empujaron definitivamente a echarse al monte. Allí comprobó lo certero del consejo de Fray Luís de León, cuando dijo «Qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido».

La última novia que tuvo fue en el año 1955, una chica de un cortijo en el que daba clases. Con ella tenía establecido un sistema de comunicación, de forma que no había moros en la costa cuando colgaba una toalla en la ventana. Hasta que un día acudió al trapo y descubrió que la señal no era sólo para él...

Con una mula, a la que llamaba Imperio Argentina, y un baúl de libros por única compañía, y unas enormes ganas de vivir en soledad, se retiró para el resto de sus días a un valle aislado, colgado en la abismal vertiente derecha del río Castril. En la cabecera del barranco de Túnez, cerrado por un grandioso circo rocoso, dominado por el pico Empanadas (2.106 m.), levantó, junto a un arroyuelo de aguas cristalinas, una choza de piedras, barro y broza. Arregló las aguas y construyó una pequeña balsilla para facilitar los riegos. Sembró varias paratas de nogueras, árboles frutales y parras, y levantó un huertecillo, en el que criaba de todo lo necesario. Aunque cueste creerlo, vivió de lo que cultivaba, del pan que él mismo cocía, quizás de alguna carne que le arrancaba a la sierra con trampas, y en los meses más duros del invierno de los imprescindibles víveres que compraba o le traían cada cierto tiempo. No tenía animales, salvo la citada mula, con la que bajaba como mucho una vez al mes a Castril a por las cosas mas perentorias, y eso cuando no dejaba el encargo a alguno de los pastores o recoveros que de tarde en tarde se dejaban caer por su choza. Pero no todos le respetaban. Algunos le hacían rabiar al entrar en su huerto a escondidas, a lo que él respondía restañando matacanes con una honda, su única arma.

Se dice que previendo su final llegó a cavar su propia tumba a las afueras de la choza con el fin de ser enterrado por el primero que lo encontrase muerto. Un profundo deseo de morar para siempre en aquel pedazo de tierra que, lógicamente, no se pudo cumplir.

A principios de los 90 se metieron unos inviernos de nieves muy malos. Le fallaba ya la vista y el alcalde de Castril, Joaquín Fernández, mandó a por él. Enrique Iglesias, «el Maestrillo de Túnez», murió en 1993 a los 90 años de edad. Fue enterrado en el cementerio de Castril. De haber muerto hoy, sus cenizas muy posiblemente reposarían bajo alguna de las nogueras de su choza.

De aquella humilde choza solo quedan las ruinas. La historia de este hombre es un legado, un representativo referente cultural que el Parque Natural Sierra de Castril no debiera permitir que se perdiera. Por eso, son muchos los amantes de estas sierras y sus gentes que reclaman la rehabilitación como refugio de aquella sencilla choza. Sería un bonito recuerdo y homenaje a este hombre, y a su forma de vivir en soledad y autosuficiencia, que se dio con relativa frecuencia hasta hace no mucho tiempo en estos salvajes territorios.

*Muchas veces, al ver blanquear paredones salpicados
en lo más fragoso de los barrancos, he pensado en cuantas historias
deben haberse fraguado entre esos pobres muros de tierra pisada*

MARIANO AGUAYO

